

ESTIMADO LECTOR/A:

Gracias por descargar este artículo. El texto que está a punto de consultar es de acceso libre y gratuito gracias al trabajo y la colaboración desinteresada de un amplio colectivo de profesionales de nuestra disciplina.

Usted puede ayudarnos a incrementar la calidad y a mantener la libre difusión de los contenidos de esta revista a través de su afiliación a la asociación AIBR:

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>

LA ASOCIACIÓN A AIBR LE PROPORCIONARÁ UNA SERIE DE **VENTAJAS Y PRIVILEGIOS**, ENTRE OTROS:

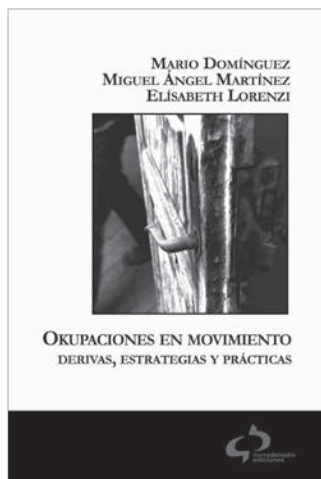
1. Recibir en su domicilio la revista impresa, en Europa y América (tres números anuales).
2. Derecho a voto en las asambleas de socios, así como a presentarse como candidato a la elección de su Junta Directiva.
3. Acceso al boletín de socios (tres números anuales), así como la información económica relativa a cuentas anuales de la asociación.
4. Beneficiarse de las reducciones de precio en congresos, cursos, libros y todos aquellos convenios a los que a nivel corporativo AIBR llegue con otras entidades (incluidos los congresos trianuales de la FAAEE).
5. Promoción gratuita, tanto a través de la revista electrónica como de la revista impresa, de aquellas publicaciones de las que sea autor y que estén registradas con ISBN. La difusión se realiza entre más de 6.700 antropólogos suscritos a la revista.
6. Cuenta de correo electrónico de la forma socio@aibr.org, para consultar a través de webmail o cualquier programa externo.
7. Promoción de los eventos que organice usted o su institución.
8. Opción a formar parte como miembro evaluador del consejo de la revista.

IMPORTE DE LA CUOTA ANUAL: ACTUALMENTE, LA CUOTA ANUAL ES DE **34 EUROS** PARA MIEMBROS INDIVIDUALES.

Su validez es de un año a partir del pago de la cuota. Por favor, revise la actualización de cuotas en nuestra web.

MEMBRESÍA INSTITUCIONAL Y DEPARTAMENTAL: Si usted representa a una institución o departamento universitario, compruebe cómo aprovechar al máximo la red de AIBR para su entidad: <http://entidades.aibr.org>

<http://www.aibr.org/antropologia/aibr/socios.php>



**MARIO DOMÍNGUEZ,
MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ,
ELÍSABETH LORENZI**

Okupaciones en movimiento:
derivas, estrategias y prácticas.

AÑO: 2011.

ISBN: 978-84-935476-6-0

PÁGINAS: 194

Madrid: Tierra de nadie Ed.

JOSÉ MIGUEL FERNÁNDEZ-LAYOS FERNÁNDEZ

RESEÑA

“¿Por qué la okupación? ¿Por qué el análisis de la okupación desde las ciencias sociales?” Así arranca este libro con dos preguntas a bocajarro cuyas respuestas hay que buscar a lo largo del texto. Aunque ya en la introducción sus tres autores dan varias pistas: “porque ya existen algunos estudios, pero no tantos realizados por los mismos activistas okupas, porque las okupaciones nos inquietan, nos estimulan, nos suscitan simpatías y dudas”. Por todo esto, el libro se centra en la ocupación, más concretamente, en la se desarrolla Madrid, aunque a menudo resulten inseparables las prácticas locales de las referencias globales. No en vano, éste es un fenómeno “glocalizado” en el que la máxima “pensar globalmente, actuar localmente” está muy arraigada.

Describir en qué consiste el movimiento okupa no es fácil, pero si hay una práctica que lo define es la “okupación” de edificios abandonados. La autogestión de estos espacios sirve como punto de partida para construir, aquí y ahora, una socialidad alternativa dentro de (y contra) la sociedad capitalista. Sin embargo, el sociólogo Mario Domínguez se cuestiona en el primer capítulo titulado “*Dentro, contra y desde abajo: reapropiación social y construcción de los político en el movimiento ocupa*”, “si existe algo a lo que se le puede llamar movimiento de okupación, o (si hay que hablar)

más bien movimientos en plural”. El objeto de estudio aparece como algo heterogéneo, diverso, poroso; adjetivos que se repiten a lo largo de los tres trabajos que integran el libro. Quizá porque no se deja aprehender tan fácilmente desde una sola perspectiva, la okupación es abordada por tres autores que provienen a su vez de dos disciplinas distintas, la sociología y la antropología. Se dan entonces tres enfoques y una invitación a encontrar sus hilos de unión, del mismo modo que los autores han tratado de hacer con los distintos movimientos que conforman el movimiento okupa.

Una de las virtudes de este libro es que rompe con una imagen monolítica del movimiento. Para Domínguez, la prensa ha asociado la palabra okupa con un repertorio de imágenes y conductas perniciosas: punkis, drogadictos, vagos, sucios, ácratas, violentos y hasta satánicos. El autor desdibuja estos estereotipos y subraya sus motivaciones más profundas, expresadas de la siguiente forma por un participante del CSOA El Laboratorio: “No sólo okupamos por necesidades (vivienda, luz...) también, y por encima de todo, por deseos de vivir otra socialidad”.

A partir de ahí, Domínguez estudia algunas de las principales características de las okupaciones: desde el nomadismo obligado al que le someten las autoridades hasta la difusa organización cotidiana que alienta la reapropiación social de los edificios. Tras señalar el peligro más evidente que acecha a estos movimientos, su aislamiento o conversión en gueto, apunta una solución: desarrollar una nueva cooperación social, mediante diversas iniciativas desarrolladas en los centros sociales okupados (talleres, radios, multimedia, etc.). Dentro de estas, los talleres de autorreparación de bicicletas han conseguido uno de los mayores éxitos, por lo que la antropóloga Elisabeth Lorenzi les dedicará el capítulo final del libro.

Domínguez también nombra uno de los grandes tabús del movimiento: la negociación con las instituciones. Sin embargo, es el también sociólogo Miguel Ángel Martínez quien más incide en ello en el capítulo *Los procesos de institucionalización en el movimiento de okupaciones. Estrategias, discursos y experiencias*.

La gran pregunta que se hace Martínez es la misma que se hacen muchos activistas: “¿cómo conciliar la desobediencia y la reapropiación con la negociación?” Su enfoque es el de un simpatizante del movimiento, ve su potencial, pero también sus contradicciones. Desde dentro (participando) y desde fuera (con su análisis), examina las distintas respuestas que han ido dando, en la práctica, tres centros sociales okupados en Madrid: El Seco, el Patio Maravillas y el Malaya. Estos, y otros ejemplos, reflejan la diversidad a la hora de valorar las negociaciones.

Surge, entonces, algo especialmente interesante. Por un lado, aparece

el sociólogo que intenta aprehender esta diversidad con cuadros, marcos teóricos y conceptos abstractos. En este sentido, dividirá los discursos de los okupas en dos: los que están a favor de la legalización de los centros y los que no. Los primeros insisten en que, gracias a ellas, pueden proseguir sus actividades de forma más estable sin perder radicalidad política, ya que se mantiene la autogestión. Mientras que los segundos creen que algo se pierde al aceptar las reglas dominantes y al Estado como interlocutor, empezando por la ruptura de la cohesión, pues consideran que el movimiento se parte en dos. Por otro lado, aparece el Martínez participante, quien sabe de primera mano que la realidad empírica es más variada: cada centro constituiría así una experiencia autónoma que pondera los perjuicios y beneficios posibles en cada negociación. Según su experiencia, centros okupas legalizados e ilegales siguen coexistiendo, lo que no afecta sustancialmente ni a su necesidad social ni a su motivación política.

El último capítulo, *Centro social en movimiento. Los talleres de auto-reparación de bicicletas en espacios autogestionados*, lo firma Elisabeth Lorenzi. En él, la autora intenta demostrar que la influencia de los centros sociales abarca a un mayor número de personas del que se les suele atribuir. Por eso, dirige la mirada a la que considera una de sus fortalezas menos estudiada: su papel como integrador de diferentes iniciativas ciudadanas. Y más concretamente, analiza la Bicrítica, “un centro social en movimiento”, tal y como la define uno de sus participantes, que busca “okupar” la calzada. Dicho fenómeno estaría apoyado en tres patas: un paseo ciclista, una lista de correo y los talleres de auto-reparación de bicicleta.

El paseo ciclista es un acto reivindicativo y festivo que ha crecido exponencialmente en los últimos cinco años hasta llegar a los 3.000 ciclistas. El último jueves de cada mes, un buen número de ciclistas se reúnen en la plaza de Cibeles y parten en un paseo multitudinario por las calles de Madrid. Este evento forma parte de toda una red de “Masas Críticas” celebradas en varias ciudades del mundo. Para la Ciencia Física, la masa crítica es la cantidad de material necesaria para que se mantenga una reacción nuclear en cadena. Traducida al caso que nos ocupa, esta surge cuando existe un número tal de ciclistas que, al moverse juntos, pueden frenar el tráfico.

Lorenzi es una participante activa de la Bicrítica, por lo que confiesa sentirse lo que Lila Abu Lughod señaló como propio de los “halfies”, es decir, aquellas personas que comparten el ser lo que estudian, por lo que la observación y descripción de este fenómeno parte de una

motivación y vivencia personal.

A partir de su experiencia y de 14 entrevistas describe cómo el Movimiento de Okupaciones influye en las formas de la Bicicrítica y viceversa. Para conseguirlo se apoya en los procesos informales y cotidianos que van más allá de los discursos, en las relaciones que se producen entre las personas y entre los diferentes proyectos.

Un ejemplo de cómo hace malabarismos entre lo aparente y lo subterráneo

son los mencionados los talleres de auto-reparación de bicicletas, radicados en centros sociales determinados y, en teoría, autónomos unos de otros. Sólo en teoría, porque además de participar en las iniciativas de los demás talleres, también comparten la gestión de los fondos obtenidos en las fiestas con las que finalizan las Bicicríticas. En la práctica, esto se convertirá en un hilo conductor entre los diferentes centros que no tienen por sí mismos corrientes de comunicación formalizadas. De aquí pueden surgir algunas situaciones paradójicas. Por ejemplo, cuando se gana dinero en una fiesta de un centro en contra de la legalización y este acaba por pagar el alquiler de un centro legalizado.

Todo ello, sugiere que los movimientos sociales no deberían estudiarse como entidades aisladas, sino como identidades porosas que interactúan, y cuyas prácticas convergen a partir de la práctica de sus protagonistas.

Llegados a este punto es inevitable hacerse algunas preguntas sobre cual es la mejor manera de abordar estos movimientos. Tanto la disciplina elegida, como la técnica de observación o la perspectiva de cada autor pueden dibujar distintas siluetas de un mismo objeto de estudio. Este libro es un buen ejemplo de ello. Del primer al último capítulo, la implicación personal de sus autores va *in crescendo*, algo que se deja sentir en cada texto. No es casual que Domínguez, a cierta distancia, se preocupe más en perfilar la figura del movimiento, mientras que Martínez, ya dentro de él, vea más las diferencias que hay en su seno; y, por último, Lorenzi ni se detenga en ellas, atravesándolo de cabo a rabo de un modo más fluido.

La participación no es ajena a la antropología, de hecho, podría decirse que el método etnográfico por excelencia es la observación participante. Sin embargo, en *La posición del antropólogo en la revalorización del patrimonio. El dilema de la "participación observante"* (2010), la misma Lorenzi recordaba que para autores como Greenwood, la observación participante "privilegia la observación como central y solo invoca la participación de forma adjetivada". Frente a esto, ella se decanta por

la participación observante como forma de compartir los mismos significados que los actores estudiados. Y de paso, pone sobre la mesa algunas cuestiones un tanto atrevidas: ¿hasta qué punto es ético mantenerse en el refugio de la imparcialidad?, ¿es necesario sentir el extrañamiento y no la identificación?, ¿porqué incidir en las diferencias y no en las semejanzas? Que los actores estudiados, en este caso, los okupas, se vean definidos por la acción, es un elemento más a favor de sus tesis. Ellos, que tantas barreras y definiciones intentan romper con sus prácticas, difícilmente confiarían en alguien que no actúa, sólo observa. Ni mucho menos, se resignarían a una mirada cosificadora que no hiciera llegar su propia voz. Por eso, uno de los elementos que da mayor fuerza al texto es el uso de citas de los propios activistas, sacadas de entrevistas, manifiestos, revistas, listas de correo, etc.

Tanto es así que creo que lo más justo será cederles la última palabra:

“El Patio no es un edificio, no son cuatro paredes, unas escaleras, etc. O al menos no es solo eso. No es tampoco una comunidad de gentes, ni unas actividades. Es, sobre todo, otra forma de entender la ciudad, de construir la vida en nuestros territorios”. (Extracto del comunicado “Presentación del EPA Patio Maravillas en calle pez 21” tras la okupación de este espacio en enero 2010).

Referencias

Lorenzi, Elisabeth (2010). “La posición del antropólogo en la revalorización del patrimonio. El dilema de la “participación observante” en *Dilemas éticos en Antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico*, Madrid: Ed.Trotta.